

Opinión

1552 - JUNIO - LA NAVE JUNIO 20, 1952 DEL EMBAJADOR

Por el P. Miguel Selga S.J.

En todas las iglesias de Goa resonaba el alleluia del Domingo de Pascua de Resurrección, cuando levó anclas el navío en que Javier emprendía el viaje para Malaga y China. Entre Sumatra y la Isla de Nicobar levantóse una furiosa tempestad: las olas azotaban los costados del barco y barrían su cubierta: los vientos huracanados desgarraban las velas, cuyos jirones parecían juntarse con las nubes. Como último remedio, el capitán dispuso que se arrojase al mar la mayor parte del cargamento. Interpónese Javier, pídele que desista, prométele que antes de la puesta del sol se divisará tierra y amansará la tempestad. Quitase el relicario que llevaba al cuello, sujétalo al ala de su sombrero, colgado de una cuerda, déjalo bajar hasta tocar las olas, mientras extendiendo la vista sobre la inmensidad del mar, dice: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios tened piedad de mí y de esta gente: cobra la cuerda, recoge el relicario y se vuelve a su rinconcillo, a oír de nuevo confesiones: a las dos horas, la tormenta había desaparecido y el mar había recobrado su tranquilidad. La alegría por la bonanza de la mar se convirtió en pena al llegar a Malaca: entonces no era esta la ciudad lujosa, a donde convergían las sedas de China y las especerías de molucas: no era la ciudad elegante, cuyas plazas y calles se veían enajadas de jóvenes rebosantes de salud y alegría. En cada morada había penetrado una epidemia perniciosa. Javier acudía a los hospitales: visitaba a los enfermos en sus casas: llamado por las familias acudía a administrar los últimos sacramentos a los moribundos: en fragil canoa visitaba los navíos del puerto y socorría las necesidades espirituales y corporales de los gru-

metes apesados. Si algunas familias quedaron diezmadadas, en algunas naves perecieron treinta y seis tocados de la peste. La epidemia no distingue entre clérigos y seglares, entre súbditos y gobernantes: el mismo capitán del puerto, D. Alvaro de Athaide, cae enfermo: al lecho del dolor se encamina Javier más de una vez para visitar al enfermo y decir misa en su casa o procura que otro padre jesuita la diga. Donde quiera hay una miseria allí esta el corazón compasivo y la mano generosa de Javier. Todo el mundo sabía que fuera de los centros de sufrimiento el único sitio donde se podía encontrar a Javier era en la residencia de nuestra señora del monte, en expectativa para China.

Estando en el estrecho de Singapore Pereira recibió un mensaje de Javier en que se le comunicaba que el Virrey de la India había ya expedido la comisión de Ferreira como embajador para China. Diego Pereira era acaudalado: Mantenía relaciones comerciales con los centros mercantiles de Malucas: no había en aquellos mares quien tuviera más crédito bancario ni más prestigio moral. En pocos días Diego Pereira adquirió en las Molucas un cargamento valuado en cincuenta mil cruzados: su navío *Santa Cruz* había venido cargado de objetos de valor y presentes que habían de llenar los deseos y aspiraciones del Rey de la China y habían de ser la admiración de sus cortesanos: al influjo magnético de tales presentes cedería la voluntad del gran Rey de China y concedería al Embajador Pereira la libertad de los Portugueses encerrados en las cárceles de Cantón y a Javier y compañeros otorgaría el permiso para entrar en China y predicar la Ley Cristiana en todo el reino.